

LA ESCUCHA DEL ANALISTA

Carlos Barredo

En respuesta a la pregunta sobre cómo abrir la capacidad de escucha para poder oír el lenguaje del paciente y poder dar cuenta así de aquello que está vivo en la experiencia de la transferencia, Donald Meltzer no nos brinda una explicación, sino un testimonio que deja traslucir la verdad de esa experiencia.

Su escucha encuentra esa verdad en el juego significante entre el “hoar” de “hoar-frost” (escarcha) y el “whore” (puta) del decir materno que nombra a la analizante en el sueño que adviene luego de lo que el analista percibe como vacilación, duda, rodeos para evitar el uso del término “escarcha”. Es allí donde se puede ubicar la base material del inconciente, sus “datos inmediatos”, en esos obstáculos, tropiezos en el deslizar, derrapar, de palabra en palabra en que consiste el juego significante que aquí cobra la apariencia de formación del inconciente donde, parafraseando a W. Benjamin: el Otrora (whore) se encuentra con el Ahora (hoar-frost) en el relampaguear de un instante. Es este derrapar del aparato significante lo que determina el “ser” de quien habla, haciéndolo sujeto.

Dado que la cuestión sobre el origen del lenguaje no está resuelta, se torna problemático referirse a un “ser hablante”, en tanto implicaría la existencia primordial de un ser que luego, como cualidad, adquiriría el poder de hacer uso del lenguaje. Pero la palabra “ser” no tiene ningún sentido fuera del lenguaje. Tiene que haber lenguaje para que haya ser. Es a esta cuestión a la que Lacan responde mediante la invención del neologismo: “parlêtre”, que no supone un ser anterior al lenguaje, sino uno que existe por su intermedio, como juego significante.

Meltzer, luego de referirse a la necesidad de la presencia del lenguaje en psicoanálisis como poesía y no como jerga, nos entrega su hallazgo aclarando que escuchar el lenguaje es escuchar su música, los usos especiales de las palabras que “nos golpean” (dice mejor la versión inglesa que el tibio: “nos parecen indicar” de la española) como teniendo referencias simbólicas. Es bajo el efecto del golpe de esa música cuyo sentido se nos escapa y a la que Borges atribuye el efecto físico de un poema logrado. Efecto sobre el cuerpo que no depende de la comprensión del sentido, de la función de comunicación

de las palabras, sino de lo que él denomina su poder mágico, el que provendría del frotar las palabras adormecidas en el discurso trivial o en el relato de un sueño para hacer surgir un brillo que, como a Aladino, nos enfrenta con el misterio del deseo que pulula en las “palabras de ingenio”. Así afectado, bajo ese golpe: “aun la oigo”, Meltzer nos entrega su testimonio, donde da cuenta de la aparición pudorosa del amor de transferencia, por cuyo intermedio un goce fijado en un decir de antaño, podrá condescender a ser interrogado como deseo de la madre, en el significante de un sueño dirigido al analista.

Escenario fantasmático que, como Enrique Torres nos señala, es comparable al de las procacidades susurradas por los amantes para caldear el encuentro sexual derritiendo escarchas y que nos remite al origen de nuestra condición de “hablanteseres” (intento seguramente fallido de traducir: “parlêtres”), a las vías por las que nos insertamos en la lengua materna, con lo que eso nos provoca, al donarnos un cuerpo erógeno y la sexualidad polimorfa que de ello resulta. De allí que Freud reconociese, en los tempranos intercambios con la imago materna que dan forma a los cuidados infantiles, un fantasma de seducción primordial como teoría del origen del deseo. De allí también la necesidad de preservar y modular en la transferencia esa atmósfera de inquietante extrañeza, que proviene del antro materno fecundado por el Padre (su palabra, el Verbo). Escenario primordial en que el infans se pregunta por su origen.

Será necesaria una lengua extranjera, babélica en tanto materna, para acercarse al niño perdido. Una lengua en la que, como en la poesía o el psicoanálisis, se haga violencia a los usos comunes establecidos. Ya que las imágenes no están hechas solo de sensaciones, sino de texto. No habría escena sin texto, guion, argumento, así como toda palabra más allá de su sentido, es gesto, está destinada a la escena.

El dispositivo analítico, al distribuir lugares como elementos covariantes en juego, genera esa posibilidad única de un encuentro en la sesión, donde el analizante entrega algo de sí que ignora a quien puede recibirlo: el analista. Este intercambio en que alguien entrega lo que ignora de sí, en la forma de un gesto espontáneo, a quien puede recibirlo con sorpresa, justamente por no poder calcularlo, configura un tipo de intimidad muy especial, solo viable en un campo de lenguaje que cuestiona cualquier ilusión de dualidad destinada a fusiones pre-babélicas.

Es a partir de la aparición de un nuevo discurso, nueva forma de lazo social que Freud introduce aclarando que como el amor de transferencia no tiene modelo en la realidad corriente de la vida cotidiana, que surge la posibilidad de una clase de intimidad específica de nuestra praxis.

El analista, en tanto tal, será el único capaz de responder a eso que le es dirigido, en la dimensión sincrónica de la transferencia, por lo que será esa su mayor responsabilidad. Solo él puede dar cuenta de esa experiencia de intimidad en la que, por promoverla, está incluido.

Como cualquier novedad en el campo del discurso, el psicoanálisis no emerge como un producto concebido sin impurezas por una mente virginal. Es hijo de su tiempo, del contexto de referencias discursivas del que se desprende y al que, en ese acto de separación, constituye como “sus precursores”.

Los analistas que siguieron a Freud se vieron llevados a tener que reinventar el psicoanálisis, su relación con él, en un trabajo de lectura de la obra freudiana, de interpretación de su letra, captación de su espíritu y cuestionamientos a partir de la propia práctica. Tarea obligada, camino ineludible en el proceso de devenir analista, proceso activo de toma de posiciones en el seno de ese debate de teorías en que se ha convertido el corpus psicoanalítico. Conocer distintas líneas teóricas en psicoanálisis nos familiariza con diversos modos de organización de la experiencia analítica y con las tensiones y contraposiciones en que esos modos se sostienen.

Las discusiones entre los distintos enfoques teóricos, fecundas cuando transcurren en un clima de “tolerancia entusiasta” por la pluralidad, suelen tropezar con el obstáculo de las terminologías donde, incluso los mismos términos, en tanto no remiten a entidades sustanciales unívocas, adquieren significaciones muy distintas en contextos de referencias diferentes.

Los intercambios clínicos se tornan más productivos si permiten vislumbrar perspectivas diversas ante situaciones planteadas en el devenir de curas singulares, donde se requiere tomar posición o plantearse problemas a resolver sin apelar a saberes preestablecidos. Sin implicar con esto que la clínica sea una especie de realidad última, unívoca, suerte de lengua pre-babélica en la que estaríamos todos de acuerdo, sino por el contrario, que los relatos de la clínica nos proveen de escenarios donde desplegar con mayor claridad distintas versiones del psicoanálisis y su operatoria, que los enfoques teóricos articulan, siendo así más fácil percibir las, contraponerlas, tomar posiciones.

Para el ejercicio que nos involucra, el talento de Meltzer nos entrega en apenas seis renglones, un testimonio del ejercicio de su práctica, que cualquier analista reconocería como psicoanalítica, en tanto transluce la atmósfera de intimidad que he tratado de describir. Nos muestra generosamente su peculiar escucha, permitiéndonos a la vez compartirla, admirarla, aprender de ella.

Concluyo intentando reforzar esa descripción y los criterios que con ella he defendido, con una paráfrasis y una cita de Octavio Paz: “pensamos trabajar con la materia viva de la experiencia, sirviéndonos del lenguaje como un mero instrumento para expresarla, como si fuésemos artesanos del vínculo entre la palabra y la experiencia”. Pero en la época del “giro lingüístico” ese vínculo supone que el lenguaje ya no es solo un medio disponible para el artesano, sino que éste deviene un *médium* a través del cual el lenguaje es quien crea y da sentido a su propia experiencia.

En contrapunto con lo antes mencionado de Borges, afirma entonces O. Paz: “La poesía no se siente: se dice. No es una experiencia que luego traducen las palabras, sino que las palabras mismas constituyen el núcleo de la experiencia. La experiencia se da como un nombrar aquello que, hasta no ser nombrado, carece propiamente de existencia. Así pues, el análisis de la experiencia incluye el de su expresión. Ambas son uno y lo mismo.”

Como a Meltzer, deberíamos escucharlo. Hacerlo, es una experiencia.